Sophie y el jeque

¿En qué clase de lío se había metido Sophie gracias a su gemela? Mientras estaba de vacaciones en los Emiratos de Barakat, conoció al jeque Sharif al Farid. Apasionado y poderoso, Sophie se sintió atraída por él como jamás se había estado por ningún otro hombre. Por su hermana, tenía que mantener las apariencias, aun cuando el jeque afirmaba que habían sido amantes... y que volverían a serlo.

Capítulo 1

A excepción de un jinete que cabalgaba sobre un caballo negro, Sophie tenía la playa para ella sola todas las mañanas. Justo después del amanecer, cuando el sol se erguía majestuosamente en el cielo, iba a correr a lo largo de la orilla del mar desde el hotel hasta la roca y volvía de nuevo. No había tardado en descubrir que, en los Emiratos de Barakat, el último momento del día lo suficientemente fresco como para hacer ejercicio eran las primeras horas del día.

Todas las mañanas veía al caballo negro con su jinete, un hombre de rostro muy severo. Él venía galopando desde un punto lejano hasta ella mientras iba de camino hacia la roca y luego, cuando estaba a medio camino de regreso al hotel, el jinete volvía a pasar junto a ella.

En la primera mañana, pareció que no se daba cuenta de su presencia mientras galopaba envuelto en un torbellino de ropajes blancos y polvo de arena. La segunda, pasó a su lado por el agua levantando un rocío de gotas que capturaban la luz del sol y que envolvían a jinete y caballo en una reluciente red. Sophie levantó una mano para saludarle. Él respondió con una regia inclinación de cabeza.

A la tercera mañana, él la observó entornando los ojos oscuros mientras pasaba galopando junto a su lado, mucho más cerca que antes. La fiereza de su mirada provocó que Sophie contuviera el aliento y se tropezara sobre la arena. Aquel día, el paseo del jinete debió de ser más corto porque, cuando se cruzó con ella antes que los días anteriores, cabalgando aún más cerca y mirándola fijamente, casi como si quisiera asustarla.

Sophie se preguntó si a él le molestaría que ella se hubiera entrometido en aquel lugar tan solitario en el que él se ejercitaba. Al regresar al hotel, volvió a preguntar y le dijeron que, efectivamente, la playa estaba abierta a todos los huéspedes del hotel hasta la roca. Por lo tanto, no se había metido en ninguna propiedad privada. Decidió que no iba a dejar de realizar sus ejercicios sólo porque aquel desconocido quisiera el mundo para sí solo.

Resultaba difícil creer que a nadie se le hubiera ocurrido que merecía la pena ir a ver la salida del sol. Sophie sabía que los Emiratos de Barakat recibían muy pocos

turistas, pero aquella completa soledad en una playa tan hermosa resultaba casi imposible de creer.

O tal vez las tácticas del misterioso jinete habían asustado a todos los demás.

Era seguramente el lugar más impresionante que Sophie había visto jamás o que podía imaginar. El sedoso mar cambiaba misteriosamente de color, pasando del verde esmeralda al turquesa y al zafiro, como si estuviera poseído por unos cambiantes estados de ánimo que resultaban desconocidos para los humanos. A espaldas de la playa, se erguía un acantilado cubierto de árboles, cuyas frescas sombras ofrecían solaz del implacable y ardiente sol que lucía durante las horas centrales del día.

La arena de la playa era suave, firme y dura en la orilla, donde aceptaba las huellas de los caminantes sólo durante unos minutos antes de que el mar se acercara y borrara las señales de todo paso.

Sin embargo, las huellas de los cascos del caballo no desaparecían tan fácilmente. Se hundían profundamente en la arena mojada, por lo que, cuando el agua las cubría, en vez de borrarlas, quedaban atrapada en un millar de pequeñas piscinas, formando un diseño que se extendía hasta donde la vista llegaba a alcanzar.

Cada mañana, desde el primer día en el que Sophie sintió la necesidad de ir más allá de la roca que limitaba el acceso de los huéspedes del hotel a la playa, de ver de dónde provenía el jinete, se daba la vuelta de mala gana, como si le estuviera dando la espalda a algo muy importante...

De camino al hotel, veía que sus huellas ya habían sido borradas por el mar, mientras que las del caballo aún eran visibles.

Aquel día era diferente. Era la cuarta mañana y casi había alcanzado el lugar en el que se daba la vuelta. No había señal alguna del jinete ni del caballo. La playa estaba pintada con los ricos tonos rojizos del sol. Su sombra se sentía a su lado, larga y estrecha, dirigiéndose hacia los árboles. Sin embargo, no había huellas en la arena que se extendía delante de ella.

Tal vez le había molestado su presencia. ¿Habría decidido ir a montar a otro lugar aquella mañana? Sin saberlo, Sophie se sentía desilusionada. Le había gustado compartir la belleza del amanecer con aquel desconocido, aunque él desaprobara su presencia.

Sophie alcanzó la roca y, en vez de darse la vuelta, siguió corriendo.

Capítulo 2

Un par de minutos más tarde, vio al semental negro en la distancia, galopando con fuerza sobre la arena. Estaría muy pronto a su lado. Con aquel pensamiento, tuvo inmediatamente un presentimiento. ¿Estaría en aquellos momentos en propiedad privada? ¿Y si él pensaba que lo estaba buscando? Sophie se detuvo en seco y se dio la vuelta. La roca que marcaba los límites del hotel no estaba muy lejos, pero, aunque lograra llegar a ella antes de que el jinete la alcanzara, sus huellas delatarían su presencia en una propiedad privada.

El caballo se iba acercando. Sophie sintió el retumbar de sus cascos en la arena

que había bajo sus pies, sintió cómo esa vibración le iba subiendo por la columna vertebral. El miedo se apoderó de ella y, sin pedirle permiso, las piernas empezaron a apretar el paso. Empezó a correr todo lo rápido que podía, como si el misterioso desconocido fuera el cazador y ella la presa.

El jinete la adelantó, pasando tan cerca de ella que Sophie pudo escuchar la respiración del caballo. Entonces, se detuvo de repente y se dio la vuelta de modo que hombre y bestia le bloqueaban el paso. Sophie se detuvo. Durante un momento, los dos se miraron fijamente. El silencio sólo quedó roto por el murmullo de las olas y el nervioso latido del corazón de Sophie. Aún estaba a unos veinte metros de la roca.

–¿Qué está haciendo aquí?

La voz del desconocido era dura, al igual que el gesto de su rostro. Sus rasgos parecían haber sido esculpidos en un trozo de madera con un hacha. Fueran aquellas sus tierras o no, el tono de su voz irritó a Sophie. ¿Cómo podía saber aquel hombre que no había cometido un error?

–¿Y quién me lo pregunta?

–¡Yo lo pregunto! –replicó él, con gran irritación en la voz–. ¿Cómo se atreve a venir aquí?

Sophie desconocía completamente el país y sus costumbres. No tenía ni idea de lo que significaba haber entrado sin permiso en una propiedad privada de los Emiratos de Barakat, ni los derechos de un propietario si descubría a un intruso. No sin una cierta ironía, Sophie se dijo que, por el modo en el que aquel desconocido la estaba mirando, se podría decir que tenía derecho sobre la vida o la muerte.

Aquel pensamiento provocó su rebeldía.

–Si quiere que me marche de sus tierras, tendrá que apartar su caballo de mi camino –le espetó con grosería.

Él levantó la cabeza con una furia casi majestuosa. Era muy guapo, con el aire de un guerrero del desierto. Sophie se lo podía imaginar llevando un pendón tras Saladino el Grande y marchando a entablar batalla con el infiel. Mientras él la atravesaba con la mirada, no pudo evitar un temblor involuntario.

–No es muy aconsejable que alguien como usted utilice ese tono de voz conmigo –le dijo él, con profundo desprecio. A pesar de que el sol iba calentando cada vez más, Sophie volvió a echarse a temblar.

–¿Alguien como yo? –replicó–. ¿Es que hay algo que no resulte lo bastante evidente o que, el mero hecho de ser mujer impida considerarme como miembro de la raza humana?

Sophie se dispuso a avanzar rodeando el caballo, pero, bajo las instrucciones de su jinete, el semental volvió a bloquearle el paso. Ella apretó los labios y miró hacia la playa.

–No es precisamente lo de ser mujer –dijo él, fríamente.

Sophie iba vestida con unos pantalones de deporte y una camiseta, un atuendo perfectamente respetable en su Vancouver natal. Sin embargo, de repente fue muy consciente de lo ceñidas que ambas prendas le estaban y de la cantidad de

piel que dejaban al descubierto.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad. El desconocido habla muy bien inglés, lo que indicaba que era de buena posición, pero, cuando lo miraba, Sophie contemplaba al poder absoluto. De nuevo intentó zafarse y, una vez más, él hizo que el caballo negro volviera a impedirle el paso.

–¡Deje que me marche! –gritó.

–No debería haber venido aquí. ¿Por qué lo ha hecho?

Estaba sentado muy cómodamente sobre el caballo, como si hubiera nacido allí mismo. La mano sujetaba las riendas casi con un gesto de negligencia. No obstante, Sophie estaba segura de que aquella mano podría ser firme cuando fuera necesario. La otra mano descansaba con gesto altanero sobre la cadera mientras la miraba con un gesto de desdén en la boca.

–Tal vez no se haya dado cuenta de que estoy tratando de abandonar su preciosa propiedad.

–No me refería a esta playa, y lo sabe.

Sophie lo miró.

–¿Quiere decir que esta zona no es propiedad suya? –le preguntó. Su miedo adquirió una nueva dimensión–. Entonces, ¿qué le ocurre? ¿Qué le importa a usted que yo...?

El desconocido levantó la mano para señalar al horizonte.

–Mi propiedad empieza en esa punta. Usted lo sabe.

–En realidad, esa información no estaba incluida en los folletos que me dieron en el hotel –le espetó Sophie–. ¿Podría ser más bien que usted exagera su propia importancia?

Capítulo 3

El misterioso desconocido bufó de exasperación. El insulto de Sophie ni siquiera le había atravesado la piel. Ella ansiaba tanto poder borrarle aquel gesto de satisfacción del rostro...

–Si usted es uno de los señores de la tierra, yo no tengo ni la menor idea. Debe de ser descorazonador –añadió, con jocosa compasión.

–¡Deja de jugar a esto! –le ordenó él, bruscamente–. ¿Qué esperabas ganar viniendo aquí e interponiéndote en mi camino?

–¡Está soñando! –exclamó Sophie, completamente escandalizada. Sin embargo, sabía que estaba pisando un terreno muy resbaladizo.

No sabía por qué había ido más allá de la zona del hotel y tal vez, inconscientemente, lo había hecho porque esperaba encontrarse con el desconocido. Sin embargo, no estaba dispuesta a admitirlo ante él. Se preguntó cuántas mujeres enamoradas echaba de sus tierras todas las semanas. Le enfurecía que pensara que era una de ellas.

–¿Qué le da derecho a pensar que he venido aquí para buscarle a usted? ¿Está

usted seguro de que no vino aquí buscándome a mí?

Cuando trató de avanzar, el caballo volvió a impedírselo. En aquel momento, ella estaba a la altura de su rodilla, mirándolo fijamente con una expresión de miedo y de indignación al mismo tiempo. Su cabello era rojo como el fuego, muy corto, pero ella seguía siendo muy hermosa. Los senos erguidos y redondos eran los mismos, al igual que las redondeadas caderas, las largas piernas y los esbeltos tobillos, que eran tan delgados que podía abarcar tan sólo con una mano.

Le recorrió el rostro con la mirada. Los ojos grandes y oscuros tenían una expresión más dulce que la de la imagen mental que llevaba en el pensamiento. Los gruesos labios eran más suaves, como besados por la inocencia. No era de extrañar que él hubiera caído en sus redes. Su verdadera naturaleza no se adivinaba por su apariencia. Parecía todo lo que un hombre pudiera desear, en aquellos momentos más que antes.

–Por supuesto que he venido aquí buscándote –le dijo.

Aquella afirmación tan sencilla y directa asombró y asustó a Sophie a la vez. Ella lo miró. El sol estaba a sus espaldas, por lo que se sentía cegada por partida doble, primero por la ardiente expresión de los ojos del desconocido y, además, por los rayos del sol.

–¿Cómo ha dicho? –susurró, con una mezcla de miedo y de anticipación.

–Cuando te vi, no pude creer lo que veían mis ojos. Te lo preguntaré una vez más. ¿Por qué has venido?

–¿Qué es lo que quiere?

Los ojos del desconocido se oscurecieron aún más.

–Ya sabes lo que quiero.

El aliento de Sophie se heló en su garganta. El sol calentaba ya con fuerza, pero un escalofrío de nerviosa excitación la recorrió de los pies a la cabeza.

–¡Y, sin duda, se cree que no tiene más que pedirlo! –le espetó, enojada consigo misma por su debilidad.

–No –replicó él, con duro desprecio–. Sin embargo, desde que, tan evidentemente, te interpones en mi camino, he aprendido a esperar que quieres algo a cambio. ¿Cuánto? Te advierto que no me pidas la ridícula suma que, sin duda, has calculado ya.

Sophie abrió la boca con una indignación que no había experimentado jamás. Durante varios segundos, simplemente no pudo pronunciar palabra.

–¿Quién diablos se cree usted que es? –gruñó–. ¿Y quién se cree que soy yo?

–Sé quién eres, Sophie. Mucho más de lo que me gustaría saberlo.

Aunque él le hubiera tirado un cubo de agua helada por encima, Sophie no se podría haber sentido más desorientada. Contuvo el aliento y dio un paso hacia atrás. El pánico se estaba empezando a apoderar de ella.

–¿Cómo... Cómo dice?

–¿Por qué finges no saber de qué te estoy hablando? ¿Crees que soy tan estúpido?

–¿Quién es usted? –consiguió ella preguntar, completamente aterrorizada–. ¿Cómo es que sabe mi nombre?

El jinete echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Sin embargo, el sonido no resultó agradable, sino amenazador.

–¡Déjeme en paz! –gritó ella. Presa del puro instinto animal, se dio la vuelta y echó a correr. No se detuvo hasta que estuvo al otro lado de la roca. Entonces, aminoró la marcha y escuchó atentamente para ver si se oía el sonido de los cascos de un caballo. Sin embargo, lo único que escuchó fueron los graznidos de un ave marina que no pudo reconocer.

Cuando miró hacia atrás, la playa estaba vacía.

Capítulo 4

–Hola –gritó Zoe desde el otro lado de la línea telefónica–. ¡Qué sorpresa! ¿Te estás divirtiendo?

Zoe siempre quería que todo el mundo se divirtiera.

–Tenías razón, esto es fabuloso –respondió Sophie–. Estaba tumbada en la cama de su suntuosa habitación del hotel Jeque Daud. Se había pasado media hora tratando de comprender lo ocurrió en la playa. Entonces, había decidido llamar por teléfono a su hermana en Vancouver.

–Supongo que es mucho esperar que hayas perdido ya tu obsesiva virginidad, ¿verdad?

Sophie se echó a reír. Zoe estaba más obsesionada por el estado de la vida sexual de Sophie, o más bien la falta de vida sexual, que la propia Sophie. Para ella, se trataba de una simple cuestión de prioridades. Sophie deseaba que el sexo tuviera sentido. Más que sentido, quería tener relaciones sexuales con su marido o con su futuro marido. Con nadie más.

–Sí. Es mucho esperar –replicó–. Escucha, Zoe, me acaba de ocurrir algo muy extraño.

–¡Genial! ¿Es un hombre?

–Sí. Un...

–¡Siempre sospeche que serías irresistible para uno de esos misteriosos hombres! ¡Cuéntamelo todo!

–Primero dime tú una cosa. Cuando estuviste aquí el año pasado divirtiéndote tanto, Zoe, ¿quién eras?

Las risas que escuchó desde el otro lado de la línea telefónica le dijeron todo lo que necesitaba saber. Su gemela era incorregible.

–¿Ya lo has descubierto? ¿Te ha reconocido alguien? Tomé prestado tu pasaporte, Sophie. Lo confieso.

–Sinceramente, Zoe, me gustaría que dejaras de hacer este tipo de cosas –le recriminó Sophie–. Ni siquiera te puedes imaginar lo irritante que resulta.

–No –admitió Zoe–. Algunas veces me parece que podría ser divertido que tú te

hicieras pasar por mí, que hicieras algo peligroso, escandaloso, y que luego dejaras que yo fuera la que recogiera los platos rotos.

–Me resultaría bastante difícil poder hacer algo que tú consideraras escandaloso –señaló Sophie, muy secamente.

Zoe volvió a echarse a reír, reconociendo así que era cierto lo que su hermana le decía.

Eran un ejemplo casi prototípico de la Gemela Buena–Gemela Mala, aunque, en realidad, Zoe no era mala. Simplemente muy original. Quería divertirse en la vida y había comprendido muy pronto que para poder hacerlo, tenía que casarse con alguien muy rico. Se había fijado en un hombre que casi le triplicaba la edad, uno de los hombres más ricos de Canadá, quien, en los últimos años de su vida, había decidido presentarse para conseguir un escaño en el Parlamento. Recién salida de la universidad, Zoe se había puesto a trabajar en su campaña.

Se casó con él y, cuando Hamilton Brougham ganó las elecciones, Zoe se encontró precisamente donde deseaba estar, a excepción de las restricciones naturales de su posición. Le había prometido a Hamilton que, hiciera lo que hiciera en su vida privada, no lo avergonzaría en la pública.

Allí era precisamente donde entraba Sophie. De vez en cuando, cuando Zoe sentía deseos de desmelenarse, Zoe se hacía pasar por su hermana, mucho más tranquila y seria. Más de una vez, Sophie se había encontrado teniendo que decirle a un periodista que sí, que ella era la que aparecía en una foto bailando en una fuente...

–Bueno, ¿qué platos rotos son los que tengo que recoger yo aquí en los Emiratos de Barakat? –le preguntó Sophie con voz seria.

–No, cielo, no hay nada de eso –protestó Zoe–. Sólo quería que disfrutaras de unas vacaciones.

–Estoy empezando a ver por qué estabas tan decidida a que tuviera unas vacaciones precisamente aquí y en estos momentos. ¡Cómo pude ser tan tonta de no imaginármelo!

–No es nada de eso. ¿A quién has conocido? ¿Qué te han dicho? No ha podido ser en el hotel. Pagué todo lo que rompí y muy generosamente por cierto. Por lo tanto, si te dicen una sola palabra, cielo, puedes decirles que...

–No se trata del hotel, Zoe. Han sido la discreción personificada. Es un tipo misterioso en la playa. Ojos negros, caballo negro...

Oyó que su hermana contenía el aliento.

–Ahhh... Me había olvidado del jeque...

Capítulo 5

Sophie sabía perfectamente por el tono de voz de su hermana que Zoe no se había olvidado del jeque.

–Bueno, pues es mejor que vayas recordando con rapidez y me digas en qué estoy metida –le ordenó–. ¿Qué le hiciste a ese hombre?

Zoe soltó una carcajada que no tranquilizó a Sophie.

–¿Hacerle? ¿Quién podría hacerle nada al jeque Sharif Wahid ibn Arif al Farid? Tiene un corazón de piedra.

Al escuchar la palabra "corazón", Sophie apretó los ojos completamente horrorizada–.

–Oh, Dios, Zoe... No...

–Venga, Sophie. Lo has visto tú misma. Debes de haber notado que es demasiado bueno como para poder resistirse.

–Zoe, esto es... ¿Me estás diciendo que ese hombre cree que me he acostado con él? –gritó Sophie.

–Dime, ¿ha mostrado indicios de desear más?

–Ha mostrado indicios de querer que me marche de sus tierras.

–Bueno, no hay necesidad alguna de que se muestre tan hostil. Por cierto, es consejero. ¿Te lo ha dicho?

–¿Consejero? –preguntó ella, con un mal presentimiento.

–Son más o menos como nuestros ministros. Los elige el príncipe para que lo aconsejen en varias áreas de gobierno. Es un hombre muy aristocrático y muy influyente. Por eso precisamente tenía que tener mucho cuidado. Si se supiera, lo nuestro saldría en titulares.

–Genial –dijo Sophie–. Eso significa que tengo que despedirme de mis ejercicios matinales.

–A menos que quieras retomarlo donde yo lo dejé. Sin embargo, te aconsejo que elijas a otra persona. El jeque Sharif, como tal vez hayas averiguado ya, resulta algo difícil de manejar.

–Zoe, ¿lo convertiste en tu enemigo? Por favor, dime la verdad.

La risa de Zoe no ocultó por completo su irritación.

–¿Te puedes creer que se ofendió mucho...? En realidad se puso furioso, cuando descubrió que yo era una mujer casada. ¡Como si fuera asunto suyo! Le dije que era un mojigato, pero tampoco le gustó eso.

–Vaya, me pregunto por qué.

Al sentir la desaprobación de su hermana gemela, Zoe se apresuró a añadir:

–Di por sentado que tu nuevo corte de pelo lo despistaría en el caso de que te viera.

–Sí, claro.

–Sophie, si te vuelves a encontrar con él, no me delates, por favor. Hamilton se disgustaría mucho y ya sabes que es candidato para uno de los ministerios...

Sophie comprendió de repente el impulso salvaje que la había empujado a cortarse su larga melena rubia y a teñírselo de rojo. Estaba cansada de que Zoe se hiciera pasar por ella. Sin embargo, en el caso del jeque, no le iba a servir de nada.

Lanzó un suspiro.

–Entonces, no sólo cree uno de los hombres más poderosos e influyentes de este país que me he acostado con él, sino que también cree que engañé a mi marido

cuando lo hice.

–¿No te parece divertido? ¡Y encima tú eres virgen!

–Sí, soy virgen... –susurró Sophie.

****

El jeque Sharif al Farid desmontó bruscamente de su caballo y le entregó las riendas al mozo sin murmurar palabra. Entonces, entró en la casa con paso firme y un gesto tan airado en el rostro que el criado desapareció discretamente.

El jeque avanzó hasta el rincón más lejano del elegante salón y permaneció durante unos segundos mirando al vacío.

Había pasado un año desde que la vio por primera vez, rodeada de sorprendidos mercaderes y muchachuelos en el Mercado de Sabzi, con aspecto aterrorizado. A pesar de que no estaba en peligro, había ido a rescatarla para explicarle a la muchedumbre que era una extranjera, una turista.

–No están acostumbrados a ver un cabello como el tuyo –le había dicho más tarde, en el pequeño café al que la había llevado para tranquilizarla–. ¿No te han explicado en el hotel que el zoco está fuera de tus límites?

–Yo jamás obedezco reglas de esa clase –le había respondido ella–. Con ellas, sólo buscan estropear la diversión.

No sabía exactamente lo que le había atraído, pero ella no había ocultado el hecho de que había sentido también la atracción. Sharif comprendió más tarde lo diferente que ésta había sido.

Había regresado. Casi no podía creer su osadía. Se había arrojado en su camino, fingiendo no saber... ¿Por qué había hecho algo así? ¿No comprendía el riesgo que estaba corriendo? ¿Acaso lo creía tan estúpido?

Tal vez, creyendo que su disfraz era suficiente, se había imaginado que podría evitarlo en su búsqueda de otra descabellada aventura.

Ya no podría volver a evitarlo. La había dejado escapar una vez. Sin embargo, no volvería a hacerlo. Por fin conseguiría justicia.

Capítulo 6

–Estos jardines fueron creados hace más de sesenta años por el Rey Daud para honrar a su hermosa esposa extranjera, a la que él llamó Azizah –decía el guía.

Sophie estaba con un pequeño grupo en los famosos jardines, caminando a lado de una serie de estanques y canales que descendían por medio de pequeñas cataratas mientras ellos ascendían.

–El nombre Bostan al Sa´adat significa el "Jardín de la Alegría". Se tardó veinte años en completar el diseño y aún no ha alcanzado la perfección que sus diseñadores imaginaron...

Sophie había evitado ir a la playa durante dos días, pero, al tercero, había

echado de menos hacer un poco de ejercicio. Sin embargo, Zoe tenía razón. Había mucho que hacer y ver en los Emiratos de Barakat y, si algo podía apartarle de la mente al jeque Sharif al Farid, eran las fabulosas fuentes y jardines del testamento de amor del rey Daud.

Asombrada por una elegante fuente de varios niveles, Sophie se retrasó un poco del grupo. Le enojaba que necesitara algo para apartarse de la cabeza a aquel hombre, pero la verdad era que su recuerdo la turbaba. No podía evitar pensar constantemente en el jeque de Zoe ni evitar preguntarse si volvería a encontrarse con él otra vez y cómo lo afrontaría ella si así ocurría. La arrogancia con la que había dado por sentado que ella estaba sexualmente disponible la enfurecía a pesar de que sabía que él creía estar hablando con Zoe.

–Buenos días, Sophie.

Sophie contuvo el aliento al ver que una misteriosa figura salía de debajo de un arco cubierto de flores para bloquearle el paso y aislándola así por completo del resto del grupo. Era él. El miedo se apoderó de ella al darse cuenta de que se había quedado Completamente sola con él.

–Buenos días, jeque al Farid.

Él arqueó las cejas y sonrió.

–Vaya, veo que el tiempo te ha mejorado la memoria, pero, ¿te has olvidado de que me llamabas Sharif?

Sophie se mordió el labio. No podía imaginarse llamando por su nombre de pila a aquel hombre tan imponente, ni siquiera para cubrirle las espaldas a Zoe. Había aprendido que en los jardines islámicos no había estatuas, pero le parecía que el jeque era una perfecta. Era como una estatua de mármol que latía con el pulso de la vida. Sin embargo, seguramente sería frío e inamovible si lo tocaba.

Tal vez no. No se imaginaba qué podía ser peor...

–No me parece muy apropiado –dijo.

El jeque lanzó una carcajada burlona. Sophie sintió de repente la fuerza de su personalidad y, durante un instante, a un nivel más primitivo e irracional, comprendió la debilidad de Zoe a pesar de que ella jamás la sentiría.

–¿Ahora te preocupa que las cosas sean apropiadas? En ese caso, has cambiado más de lo que parece indicar tu nuevo cabello.

–Déjame en paz.

Aquello fue lo único que pudo decir antes de tratar de marcharse. Él la agarró por fuerza por la muñeca. Sophie contuvo la respiración y cerró los ojos. Entonces, temiéndose que él pudiera leer algo en aquella actitud, volvió a abrirlos.

Durante un instante, se miraron el uno al otro bajo la brillante luz del sol. El único sonido que se escuchaba era el de la cantarina fuente. En la distancia, un jardinero cuidaba las plantas. A excepción de eso, tenían el mundo para ellos solos.

–¿Ya no vas a correr a la playa, Sophie?

–Por supuesto, estoy segura de que apruebas el cambio.

El jeque apretó la mandíbula.

–¿Acaso esperas subir el precio con estas tácticas? No lo conseguirás. Te advierto que tomo lo que es mío, y hago cualquier cosa para conseguirlo.

Capítulo 7

Los ojos de Sophie se oscurecieron mientras miraba a los de él. La mandíbula del jeque se tensó al sentir el deseo que le produjo la mezcla de sorpresa y atracción que se reflejó en los ojos castaños de la joven.

–¿Me estás amenazando? –susurró.

Sharif estaba enojado. Había creído que, cuando volviera a encontrarse con ella, la vería por lo que era. Recordaba la mirada calculadora que había visto en sus ojos y se había dicho que su propia imaginación había sido la que había fabricado la dulzura de sus labios. Sin embargo, en vez de ser menos de lo que su memoria había conjurado durante aquel año, era mucho más. Era demasiado deseable.

Se había dicho que ella simplemente se había servido de la manipulación, que había jugado con el ego que él tenía y su propia sexualidad para convencerle de que tenía cierta profundidad. Un año después, había comprendido que era mucho más peligrosa. No había engaños aparentes. En aquellos momentos, incluso sabiendo lo que sabía, le parecía ver un corazón puro y un alma profunda y sincera.

El año anterior, ella había despertado su interés, sus apetitos y le había hecho sentir el ligero aroma de posibilidades aún mayores. Doce meses después, ella le provocaba un profundo e incómodo sentimiento de posesión, de tal manera que le parecía escuchar claramente la promesa de algo eterno.

Sabía que todo era una mentira. No dejaría que le engañara.

Sin embargo, contra su voluntad, la mano ejerció más fuerza y la atrajo hacia él.

–No –protestó Sophie.

Cuando él la tomó entre sus brazos, el aliento se le heló en la garganta. Lo miró al rostro. ¿Estaba enojado? ¿Le habría hecho Zoe más daño del que ella creía? ¿Cuál sería su idea de venganza?

Los ojos negros de Sharif le abrasaron la piel. La hizo apoyarse sobre el fuerte brazo y bajó la boca hacia la de ella...

–No –volvió a susurrar ella, aterrada de lo que podría ocurrir si cedía ante la incómoda y desconocida sensación que la amenazaba. Como una inundación, parecía arrastrarla a un terreno totalmente desconocido.

El jeque la miró con la furia del deseo negado.

–¿No? –repitió, con voz ronca–. ¿No es esto para lo que has venido?

–¡No te engañes pensando que he recorrido un camino tan largo para pasar más tiempo en tu cama!

–En ese caso, ninguno de los dos se sentirá desilusionado. ¿Qué es lo que quieres esta vez, Sophie? ¿Merecerá la pena el precio que tendré que pagar por ello?

–¡Precio! –gritó ella. De repente, la ira se había apoderado de ella–. ¡Cómo te atreves! ¡Suéltame!

La apasionada boca de Sharif se tensó. Contuvo la ira y recobró la cordura. Aquello no era lo que él había pensado y se sentía enojado consigo mismo ante tal prueba de debilidad. Sabía lo que ella era. Una mentirosa. Una ladrona. Y parecía no arrepentirse en absoluto de lo que había hecho, como parecía demostrar su presencia allí.

No había querido hacerle el amor. Hasta el momento en el que la vio en la playa, no había pensado en ella durante meses. Se había sentido convencido de que, tras haber hecho el ridículo una vez, era completamente inmune.

Sin embargo, a pesar de todo lo que sabía, ella era aún capaz de turbar sus pensamientos, incluso más profundamente que antes.

–Estoy siendo tan estúpido como la otra vez –admitió, con cinismo–. Parezco tan dispuesto a caer en tus redes como si no hubiera caído en ellas nunca. Sin embargo, te has equivocado de lugar, Sophie. Esto dista mucho de ser el jardín del Edén.

–¡Ni tú eres Adán! –le espetó ella con ojos refulgentes–. ¡Resulta agradable que la serpiente hable en esta ocasión!

–Sea cual sea mi papel, parece que los dos estamos de acuerdo en que tú eres Eva –señaló él, no sin cierto humor.

–Créeme si te digo que, si soy Eva, no tengo manzana alguna que ofrecerte –le espetó Sophie. Entonces deseó no haber hablado porque los ojos del jeque se entornaron y, de repente, la expresión de sus ojos resultó amenazadora.

–¿Acaso crees que olvido tan fácilmente? Tu tienes... ¿una manzana, has dicho? Eso me interesa enormemente. Y créeme que esta vez no aceptaré un no por respuesta.

Capítulo 8

Sophie parpadeó. Una traicionera duda se apoderó de ella. Rápidamente la apartó.

–¡No sé de qué estás hablando!

–No añadas más mentiras a tus muchos pecados –replicó él–. Claro que lo sabes, Sophie. Y sabes que yo lo sé.

–¿El qué? –gritó ella, desesperada. ¿Qué podría haber hecho su hermana que hubiera temido admitir delante de ella? Zoe jamás le había dejado de contar las aventuras que se había corrido con su nombre–. ¿Qué es lo que sabes?

El jeque se incorporó y dejó de abrazarla, aunque no por ello le soltó la muñeca.

–Vamos –dijo.

Sophie decidió acompañarle por el bien de Zoe. Sin embargo, en el fondo de su ser, sabía que no era verdad.

***

Media hora más tarde, habían regresado al lado del mar. El Land Rover del jeque atravesaba una amplia verja. Más allá, había un hermoso patio solado con baldosas de terracota.

El jeque conducía el coche. Sophie no estaba segura de lo que se había imaginado, un salvaje deportivo o una carísima limusina, pero lo corriente del todoterreno la sorprendió. Entonces, bajo los arcos del garaje, vio vehículos más en consonancia con sus expectativas: una limusina Mercedes y un deportivo clásico entre otros.

El jeque frenó y detuvo el motor del coche. Sophie miró a su alrededor. Las palmeras daban sombra al patio y, a excepción de los cantos de los pájaros, el sonido parecía estar ausente. Suspiró. Después del trayecto a través del calor y del ruido de la capital de los Emiratos, la promesa de tranquilidad resultaba muy agradable.

Él la condujo al interior de la casa, a una habitación bellamente amueblada con ventanas arqueadas que daban a un patio interior. Sophie comprobó que la casa estaba construida en el estilo tradicional del Oriente Medio, alrededor de un patio central en el que el agua y las plantas suavizaban la dureza del clima desértico.

Directamente enfrente, bajo un elegante arco, se vislumbraba el mar.

–Esto es tan hermoso –susurró.

A su alrededor había toda clase de antigüedades, de las que normalmente sólo se veían en museos o fotografías de revistas. Dagas y espadas ricamente adornadas, mesas tallas minuciosamente, intrincados cuadros de marfil, tapices...

Sophie miró a su alrededor completamente maravillada.

–Ya has admirado mis posesiones antes –dijo él. La frialdad de su voz destruyó la fascinación de aquel trance.

Sophie se volvió para mirarlo. Aunque Zoe no se lo había dicho explícitamente, seguramente había dormido en aquella casa. ¿Cuántas noches? ¿Cómo de bien conocía la casa? Trató de ocultar un gesto de desesperación.

–¿Sí? Bueno, creo que todo esto merece ser admirado una segunda vez –respondió.

Aquélla no era la primera vez que tenía que apresurarse para cubrirle las espaldas a Zoe, pero, de algún modo, le resultaba diferente. En ocasiones anteriores, jamás se había sentido en peligro, aunque Zoe tampoco se había visto con un hombre como el jeque al Farid. Parecía que nadie podía engañarlo, lo que ponía muy nerviosa a Sophie.

–Y una tercera y una cuarta –afirmó él, con una expresión en los ojos que Sophie no supo interpretar.

–¿Qué significa eso?

Sin embargo, Sharid al Farid se había dado la vuelta para encontrarse con un sirviente que había aparecido silenciosamente. Parecía que le estaba dando órdenes.

Inconscientemente, Sophie se vio atraída por un magnífico óleo de un hombre con turbante y ojos turbadores y misteriosos como los del jeque.

–¡Oh! –susurró. Aquellos ojos parecían estar haciendo mucho más que seguirla

con la mirada. Parecían estar atravesándola, con tanta inteligencia como los de un ser vivo–. ¿Es... es pariente tuyo?

Sharif al Farid sonrió.

–¿A qué estás jugando ahora, Sophie? ¿Acaso crees que ha habido tantas mujeres delante de ese cuadro que piensas que podrás convencerme de que te he confundido con otra?

Sophie se negó a mostrarse dócil.

–También puede ser que yo haya estado delante de tantos cuadros de antepasados que se me haya olvidado el tuyo.

–Eso sí me lo creo –observó él, con unas implicaciones tan evidentes que Sophie sintió deseos de golpearlo–. ¿Cómo está tu marido? ¿Te las arreglas para, al menos, mantenerlo al margen?

Capítulo 9

–¡Vete al infierno!

Sharif al Farid sonrió y sacudió la cabeza.

–Por ti no, tentadora mía. Te lo aseguro.

El miedo se apoderó de ella. Había algo más que no era capaz de comprender. ¿Qué había ocurrido exactamente entre Zoe y el jeque? Tenía que ser mucho más que la aventura de una noche que Zoe había sugerido. ¿Por qué la había enviado Zoe allí, donde seguramente terminaría encontrándose con el hombre que la confundiría a ella con su gemela?

–¿Por qué me has traído aquí? Si tienes algo que decir, te ruego que lo hagas, porque deseo regresar a mi hotel –dijo Sophie, tratando de dar a su voz una tranquilidad que no sentía.

El jeque levantó las cejas con sorprendido desdén, como si hubiera algo más que ella no había acertado a comprender.

–¿Regresar al hotel?

Irguió la barbilla y se acercó a las ventanas. En aquel momento, Sophie se dio cuenta de que las ventanas eran en realidad puertas que daban a una pequeña galería.

Lo siguió a la galería y después a otra puerta que había al final de ésta. No pudo dejar de admirar la profusión de plantas y flores que adornaban los balcones que rodeaban la magnífica fuente que había en el patio en la que el agua caía de una serie de niveles sobre un recipiente sujeto por unos leones de piedra.

–¿Es una copia de la fuente de la Alhambra? –le preguntó, olvidándose de todo menos de su asombro.

–Ésta es mucho más antigua –respondió él–. Veo que estás mucho mejor preparada que antes. ¿Qué más has investigado?

–¿Qué te hace estar tan seguro de que lo sabes todo? –replicó Sophie, apretando la mandíbula.

–Hace un año no sabías nada de los tesoros de la Alhambra, Sophie. ¿Es que te has olvidado?

Sophie no encontró respuesta. No podía decirle que ella había estudiado Arte y Arquitectura mientras que su hermana realizaba estudios de Ciencias Políticas.

El jeque abrió la puerta y la hizo entrar en la habitación. La piel de Sophie vibró de sensaciones mientras pasaba al lado de él, con una mezcla de turbulentas emociones. Sentía miedo e ira, algo que nunca había experimentado antes.

Entonces, se detuvo en seco. Eran sus pertenencias. Sus maletas vacías estaban abiertas y sus contenidos aparecían apilados sobre la cama o colgados en el armario.

Alguien había ido a la habitación de su hotel para recoger todas sus cosas y las había llevado allí. Y entonces, por lo que parecía, había registrado todo.

Atónita e incrédula, dio un paso atrás y se chocó contra el torso del jeque. Sintió que él le agarraba los brazos con firme posesión. De repente, pudo oler la seductora mezcla de colonia y de aroma masculino que ya conocía como perteneciente a él.

Trató de apartarse, pero él la sujetó con fuerza. Sophie sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. Estaba convencida de que iba a marearse de miedo o de cual fuera el sentimiento que se había apoderado de ella. Los nervios restallaban de la tensión, como si miles de corrientes eléctricas le estuvieran recorriendo el cuerpo. Las preguntas se le agolpaban en la cabeza sin orden lógico.

–¿Por qué has traído aquí mis cosas? ¿Cómo las has conseguido? –preguntó por fin.

Capítulo 10

Como en la distancia, sintió que él le soltaba un brazo y que le hacía darse la vuelta. Cuando estuvieron frente a frente, el jeque volvió a agarrarla por ambos brazos. Entonces, Sophie levantó la mirada y separó un poco los labios para conseguir que el oxígeno llegar a sus vacíos pulmones.

Los ojos oscuros del jeque le recorrieron el rostro con una intensidad que la hizo temblar. Con lentitud, la acercó a su cuerpo y la abrazó. Ella le colocó las manos en el torso para mantenerlo alejado, pero no le sirvió de nada.

El jeque murmuró una maldición y la besó. Sophie se resistió brevemente y, entonces, las sensaciones se apoderaron de ella. Cerró los ojos y se dejó llevar por el placer que le proporcionaba aquel beso. Durante un momento de gozo, se abandonó a todo menos a los sentimientos en estado puro.

Sin embargo, sólo fue por un momento. Entonces, una vocecilla en el interior de la cabeza lanzó un grito de alarma.

"Está besando a Zoe. Cree que ya ha sido tu amante y tiene algo en contra tuya".

A pesar de que la calidez que le emanaba del pecho parecía abrasarle las palmas de las manos, Sophie lo empujó con fuerza. Entonces, como si él también hubiera recuperado el sentido común, bajó los brazos. Ella dio un paso atrás y observó lo acelerada que el jeque tenía la respiración mientras trataba de recuperar el control.

–¿Te dije que eras Eva? –le preguntó, sacudiendo la cabeza–. Tú eres mucho

más peligrosa. ¿Cómo eres capaz de mantener esa apariencia de pureza intacta incluso con un hombre que sabe que no es así?

Sophie estuvo a punto de responder, pero tuvo que morderse los labios.

–No vuelvas a tocarme –le espetó–. Lo que ocurrió el año pasado no te da derecho a hacer suposiciones sobre mí.

–Si has cambiado, sólo hay un modo de demostrarlo.

–Si me has traído aquí bajo la impresión de que eres un amante tan maravilloso que me muero de ganas por volver a repetir, siento desilusionarte. Ya te he dicho que no me interesa.

Sophie habló con firmeza, pero en realidad se sentía muy asustada. No sólo por lo que él pudiera tener la intención de hacer, sino por lo que el beso compartido le había demostrado sobre sí misma.

–¿Eres tan necia como para creer que estás aquí para darme placer?

Sophie parpadeó.

–Eso es precisamente lo que me has hecho creer –le espetó.

–Tu presencia no me produce placer alguno, Sophie. Cuanto antes te marches, mejor será para mí. Sabes que me tientas, pero te advierto que no debes perder el tiempo tratando de hacerme bajar la guardia. Aunque hiciéramos el amor mil veces, no volvería a confiar en ti. En esta casa, se te vigilará constantemente.

"Si hiciéramos el amor mil veces...".

–En ese caso, será sólo un par de segundos en total –replicó Sophie. Se dirigió rápidamente hacia la cama y empezó a arrojar sus cosas a las maletas vacías–. ¡Quiero marcharme de aquí ahora mismo!

–Veo que estás muy acostumbrada a que las cosas se hagan a tu modo, pero esta vez no, Sophie. Esta vez vas a obedecerme.

Ella levantó la cabeza, pero no se detuvo en su tarea.

–¡No sabes nada sobre mí! –gritó, llena de furia.

–No debes preocuparte por eso. Lo que yo no sepa ya, tú tendrás oportunidad de enseñármelo.

–¿Qué es lo que quieres de mí? –preguntó, temblando.

–Ya te lo he dicho –respondió él, con una sonrisa que la llenó de ansiedad–. Quiero lo que es mío.

–¡Yo no te pertenezco! –gritó Sophie, desesperadamente. Los escalofríos le recorrían el cuerpo de tal modo que los dientes le castañeaban–. Ya te lo he dicho antes. ¡Estoy casada! Y, si no te quedó bien claro, mi esposo es un hombre muy influyente por lo que si tú...

Se interrumpió al ver la frialdad con la que él sonreía. En sus ojos brillaba la ira.

–¿Tú? –repitió él, con un deprecio que le puso a Sophie los pelos de punta–. ¿Qué fantasía es ésta? No eres tú lo que quiero, Sophie. Sabes muy bien de qué se trata.

Capítulo 11

El jeque regresó al salón empujando a Sophie. Con una mano le agarraba con fuerza del brazo. Aun a su pesar, Sophie no podía evitar sentir cierta curiosidad.

Fuera lo que fuera lo que creía que Zoe había hecho, no podía ser muy grave, por lo que, o estaba haciendo una montaña de un grano de arena o estaba completamente equivocado.

Se detuvo delante de un hermoso armario y abrió las dos puertas centrales. En el interior, Sophie vio otros tesoros, quizá demasiado pequeños o demasiado valiosos como para estar al descubierto: un diminuto caballo de oro, una daga en miniatura junto a su vaina hermosamente decorados, un cuenco delicadamente pintado y un colgante de rubíes. Cada uno de ellos estaba sobre una pequeño soporte. Sophie se fijó que, en el centro, había otro soporte, como si en él se hubiera encontrado la joya de la colección. Sin embargo, estaba vacío.

El jeque le dio un instante para admirar los tesoros y entonces se volvió para mirarla. Una sonrisa le fruncía los labios, pero distaba mucho de expresar alegría. Durante un momento, aquellos ojos transmitieron tanta ira que Sophie dio un paso atrás.

–Ahora –dijo, con voz seria–. No está aquí y tampoco en la caja de seguridad que tienes en el hotel. Sé que has regresado con el pensamiento de vendérmelo. Estoy dispuesto a pagarte una suma razonable para que me lo devuelvas. ¿Dónde está el cuenco de jade?

Los sentimientos se apoderaron de Sophie. Por un lado, estaba experimentando una airada desilusión, aunque no quería verlo. Decidió que lo que debía sentir era indignación. Podía creer muchas cosas de Zoe, pero jamás aceptaría que hubiera robado nada de aquella casa.

–¿Me estás acusando... de robo?

–¿Acaso vas a negarlo? –replicó él.

–¡Por supuesto! ¡Yo jamás te he robado nada! Además, ¿de qué clase de cuenco se trata?

Sophie deseó que el jeque dejara de sonreír con aquel sentimiento de superioridad. De repente, se sintió furiosa con Zoe por haberla colocado en aquella posición tan intolerable con un hombre como él. Los dos la ponían enferma.

–Recuerdo que no lo admiraste tanto como el resto de mis otros tesoros. Te sorprendió que se considerara como el tesoro familiar más preciado de mi familia. Un cuenco de jade tallado que encargó uno de mis antepasados al artista más importante de la edad de oro no te impresionó tanto estando al lado de un caballo de oro macizo realizado por un artista mucho menos importante. Sin embargo, sabías lo suficiente como para llevártelo. ¿Estabas pensando simplemente en castigarme? Ese cuenco de jade es irremplazable. ¿Acaso pensabas más bien en el dinero que podías conseguir? ¿Lo has vendido, Sophie? –le preguntó el jeque–. Espero que comprendieras su valor.

Los escalofríos subían y bajaban por la espalda de Sophie entonando una discordante sinfonía.

–¡Yo jamás toqué tu maldito bol! –reiteró–. ¡No tengo ni idea de dónde está!

¡Probablemente lo hayas extraviado tú solo!

El jeque ignoró aquella observación, como si ni siquiera mereciera respuesta.

–Bueno, tendrás tiempo de sobra para recordarlo.

Algo en el tono de su voz hizo que Sophie se tensara aún más. Sintió que el peligro que la amenazaba estaba al otro lado de la puerta.

–¿Qué significa eso? –le preguntó,

El jeque cerró las puertas del armario, se volvió y la agarró del brazo. Entonces, como si el contacto lo abrasara, la soltó. Sophie se cubrió aquel mismo trozo de piel con la mano. Le dolía como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

–¿No te resulta evidente? Eres una mujer instruida e inteligente. No debería ser necesario que te dijera que no te marcharás de esta casa hasta que vuelva a tener lo que es mío.

Capítulo 12

Aquella noche, Sophie permaneció despierta e incómoda sobre la cama. El día había transcurrido entre el sueño y la pesadilla. La casa y el jardín eran más bonitos de lo que Sophie podría haber imaginado nunca, pero la nube de una sospecha constante la seguía por todas partes y convertía cualquier expresión de admiración en una declaración de intenciones a ojos de Sharif al Farid.

Él siempre la estaba observando. No satisfecho con haberle puesto un sirviente que la vigilaba constantemente, también lo hacía él. Sophie no podía ir a ningún sitio sin él, a excepción de a su propio dormitorio. Entonces, Sharif se sentaba al otro lado de la puerta y esperaba, por lo que Sophie no podía sentirse cómoda y tenía que volver a salir.

Odiaba aquella situación. Aquella cercanía constante la volvía loca. Sentía un hormigueo en la piel, como si estuviera en un campo de fuerzas. Era como estar en la parte receptora de un campo estático constante. El cabello parecía ponérsele de punta y se negaba a obedecer al peine. Cuando se quejaba, Sharif se limitaba a repetir el mismo soniquete de siempre:

–Si no te gusta, ya sabes la solución...

A pesar de que él le había dicho que no la deseaba, cuando la miraba, la sangre de Sophie hervía como si respondiera así al deseo que notaba en él. Entonces, ella recordaba sus palabras. "Si hiciéramos el amor mil veces...". Se decía que no era a Sophie sino a Zoe a quien deseaba. Estaba recordando los momentos de pasión que los dos habían compartido. Nada más. Zoe era probablemente una magnífica amante y si Sophie cedía alguna vez a la atracción, el jeque se encontraría con una enorme desilusión.

Al darse cuenta de la dirección que habían tomado sus pensamientos, se sentó y ahuecó airadamente la almohada. ¿Ceder a la atracción? ¿Qué atracción? No sentía nada por el jeque a parte de una ira totalmente justificada. Aunque fuera atractivo, no había mantenido su virginidad todos aquellos años para perderla con alguien que la despreciaba a ella y a sí mismo por desearla.

Se volvió a sentar en la cama. Lo que la estaba matando era saber que él dormía, si era capaz de dormir, en el dormitorio de al lado. La puerta estaba ligeramente entreabierta, pero no se oía nada. ¿Podría escuchar él cómo daba vueltas en la cama? ¿Se estaría imaginando que no podía dormir por él?

¿Cuánto tiempo iría a durar aquella situación? Él le había dicho que en el hotel creían que se había ido a recorrer el país y que estaría fuera varias noches. Si eso era cierto, no podía esperar ayuda alguna en aquel sentido. Nadie llamaría a la embajada para declarar que una ciudadana canadiense había desaparecido cuando un consejero había explicado su paradero. De eso estaba segura.

No le permitiría hacer llamadas telefónicas y, mientras no pudiera llamar a Zoe, no podía decirle nada. Aunque había momentos en los que no sabía qué hacer, estaba segura de que no podía arriesgarse a decirle la verdad. Tanto si Zoe se había llevado el cuenco de jade como si no, lo que creía lo más probable, la posibilidad de que el asunto pudiera perjudicar a Hamilton Brougham era muy alta.

Cuando le preguntó cómo estaba tan seguro de que ella se había llevado el cuenco, el jeque se limitó a observarla y a sacudir la cabeza.

–Ya sabes cómo lo sé, Sophie –le dijo–. Cuando comprendas por fin que no podrás escaparte de aquí con afirmaciones de inocencia, empezaremos a hacer progresos.

A pesar de lo que él decía, Sophie estaba segura de que seguía deseando a Zoe. Sin embargo, por mucho que deseara volver a tenerla en su cama, Sophie comprendía que no le haría el amor sabiendo que estaba casada con otro hombre. Aquello formaba parte de su código personal de honor. Por una vez, Sophie se alegraba de una de las mentiras de Zoe. El hecho de que él pensara que estaba casada podría ser la única protección que tuviera contra Sharif al Farid.

Frunció el ceño al pensar de nuevo en aquella idea. ¿Habría algún modo de escapar de allí? Había dicho que ella era una tentadora. ¿La dejaría escapar si pensaba que lo estaba tentando excesivamente? ¿Podría Sophie conseguir que a él le pareciera que tenerla allí recluida le reportaba demasiados problemas?

Capítulo 13

A la mañana siguiente muy temprano, Sophie se duchó y se vistió con un atuendo de lycra verde y negra para hacer deporte. Se le ceñía a cada curva del cuerpo como una segunda piel y las marcas negras que llevaba sobre el trasero estaban colocadas como para hacer creer que llevaba un minúsculo tanga negro.

Esperaba que él estuviera aún en la cama, pero la puerta al patio se abrió cuando ella giró la manilla. Sharif estaba esperándola cuando salió con una pequeña toalla alrededor del cuello y una botella de agua enganchada contra la cadera.

–Quiero ir a correr a la playa –dijo–. No he hecho ejercicio durante días gracias a ti y estoy perdiendo la forma.

–Eso nunca –replicó él, con cinismo.

Era demasiado tarde para correr cómodamente. El sol ya calentaba con fuerza

y lo que Sophie había estado esperando era en realidad una violenta discusión. Sin embargo, cuando él se encogió de hombros y se dirigió hacia el patio, ella no tuvo más remedio que seguirlo. Descalzo y con unos pantalones cortos y una camiseta color arena, no estaba vestido para salir a correr, por lo que Sophie se preguntó qué se traería entre manos. Sharif la condujo a través del arco hasta una amplia terraza que daba al mar.

La casa estaba sobre el acantilado y la vista era magnífica. Se veía incluso hasta la ciudad, Barakat al Barakat y a Sophie le pareció que podía distinguir el edificio del hotel. El olor del mar llegaba hasta ella transportado por una refrescante brisa que probablemente no se sentiría en la playa.

En aquella zona, el acantilado era muy escarpado y caía a plomo durante unos seis metros antes de que la inclinación facilitara el crecimiento de los árboles. Cualquier intento de escapar por allí resultaría muy peligroso.

Se preguntó si Sharif tendría intención de que ella realizara sus ejercicios allí. Por supuesto, pensaba protestar. Le iba a resultar tan problemática al jeque Sharif al Farid como le fuera posible. Si él había creído que sería una rehén fácil, cambiaría muy pronto de opinión.

Sin embargo, él la condujo a una pesada puerta de madera y acero y la abrió. Pasó delante de ella y, a poca distancia del acantilado, se detuvo. Sophie contempló la escalera más larga y más empinada que había visto en toda su vida.

Sin decir palabra, Sharif empezó a bajar.

***

Cuarenta y cinco minutos más tarde, sudando y jadeando, Sophie volvió a subir la escalera. Tenía el cabello empapado de sudor, lo mismo que la ropa y la toalla. La botella de agua estaba vacía. Sharif había corrido a su lado, descalzo y tranquilo.

El sudor hacía que le brillara la oscura piel y que las pestañas relucieran. Los músculos de brazos y piernas refulgían al sol. Sophie, por otro lado, se sentía y parecía completamente agotada.

El jeque había ganado el primer asalto.

***

–Te encantaría tenerme aquí para siempre, ¿verdad? –le preguntó ella con irritación aquella noche cuando se disponían a cenar. Le enfurecía que él insistiera en tratarla como a una invitada.

–Tanto como tú lo estés por quedarte –replicó él–. Abdul quiere saber cómo te gusta el punto de la carne.

–Si eso es cierto, entonces odias esta situación –dijo Sophie con amargura. Acababa de pronunciar aquellas palabras cuando se dio cuenta de que la implicación no era cierta. No odiaba estar allí con él, sino simplemente el hecho de que él la mirara

con suspicacia y desconfianza. Bajó los ojos para que él no pudiera ver la verdad en ellos y entonces procedió a ocultarla de sí misma–. ¿Por qué no me dejas marchar?

–La solución está en tus manos. Cuando me digas dónde está el cuenco de jade, te podrás marchar. ¿Poco hecho?

–¿No te parece que si supiera donde está ese maldito cuenco te lo diría? –le espetó.

–Sin duda esperas subir el precio. ¿La prefieres casi cruda?

–¡Por el amor de Dios! No me importa si lo abrasa. ¿Cuánto tiempo crees que me podrás tener aquí? ¡Mi avión sale en menos de una semana!

–En ese caso, querrás asegurarte de que no se marcha sin ti.

–¡Tengo un trabajo al que incorporarme!

–Le he dicho a Abdul que la quieres poco hecha.

–¡Preferiría que me sirvieran tu cabeza en una bandeja!

–Estoy seguro de que verte bailar la danza de los siete velos haría que mereciera la pena –replicó Sharif.

El segundo asalto terminó con el mismo ganador.

Capítulo 14

Durante varios días, estuvieron en un impasse. Había días en los que Sophie aprendía a amar la maravillosa casa, el calor, la apasionada belleza de todo lo que la rodeaba. Sólo el jeque, como la serpiente del Edén, tenía el poder de destruir su placer. En su presencia, se sentía nerviosa y airada.

Sin embargo, ni siquiera esto último era una constante. Cuando era capaz de olvidar por qué se encontraba allí, disfrutaba de su compañía mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. En tales momentos, se sentía como si estuviera en el paraíso. No obstante, estos sentimientos sólo conseguían asustarla cuando era consciente de ellos, y provocaban que sintiera aún más desesperación por marcharse.

Cada vez se mostraba más ansiosa, pero el jeque no mostraba señales de impaciencia. Sharif estaba convencido de que, tarde o temprano, ella se desmoronaría.

–¿Es que no tienes un trabajo que hacer? –le preguntó ella en una ocasión–. ¡Debe de ser una pérdida de estatus que un consejero del príncipe se comporte como un perro guardián!

–Se espera que los consejeros de un príncipe sean más flexibles de lo corriente –replicó él.

–¿Flexible tú? –se burló ella–. ¿Y cuánta flexibilidad hace falta para insistir que se tiene razón a toda costa?

Sharif levantó las cejas, como invitándola a que siguiera hablando. Empujada por sus sentimientos en conflicto, Sophie siguió.

–Si hubieras dicho sordo, eso no me costaría nada verlo. ¿Se requiere que los consejeros de un príncipe sean sordos a las opiniones o afirmaciones de inocencia del resto de las personas?

–Normalmente no –respondió él, como si la pregunta hubiera sido real.

–¡Oh, qué pena! –exclamó. El sarcasmo estaba sacando lo mejor de ella, pero

Sharif la contemplaba plácidamente, masticando con suavidad–. Ése parece ser tu punto fuerte.

–Te equivocas. Mi punto fuerte es la vigilancia paciente. Cuando el ratón se digna por fin a salir del agujero, allí estoy yo. Te aseguro, Sophie, que no tienes nada que ganar de estas tácticas de dilación.

Sin embargo, el modo en el que los ojos de Sharif la observaban en los momentos en los que él bajaba la guardia lo contradecían. Sophie estaba casi segura de que su presencia lo contrariaba casi tanto como a ella. Fingía al tratar de convencerla de que podía esperar. Se trataba de una guerra de nervios, una guerra en la que Sophie disponía de otras armas.

***

Durante años, había observado las técnicas de seducción de Zoe y había aprendido de su hermana. Jamás había utilizado los trucos de su gemela porque sabía que no sería capaz de seguir adelante, algo que jamás había preocupado a Zoe. "Si un hombre es lo suficientemente estúpido como para creerlo, es su problema", le había dicho Zoe en una ocasión para explicarle su filosofía. Los hombres que recibían este tratamiento reaccionaban de dos maneras diferentes: o bailaban al son que Zoe les tocaba como marionetas o desaparecían completamente, incapaces de permanecer cerca de lo que sabían que jamás podían tener.

El plan de Sophie tenía una formulación bastante vaga. Poco más o menos, se resumía en que Sharif no le haría el amor a la mujer que él pensaba que era Sophie dado que sabía que estaba casada. No obstante, resultaba evidente que aún se sentía atraído por ella. Lo único que Sophie tenía que hacer era jugar con aquella atracción hasta que él encontrara que la tensión le resultaba insoportable. Entonces, o haría lo que ella quisiera y la dejaría marchar, o desearía salir de su órbita porque no podía soportarlo. Fuera como fuera, Sophie sería una mujer libre.

Ella seguía ignorando la suave voz de su interior que le advertía que el jeque Sharif al Farid no era la clase de hombre con el que se pudiera jugar de aquella manera. Igual de peligroso resultaba que no supiera sus propias motivaciones para actuar así. La feminidad instintiva de Sophie había despertado por la poderosa masculinidad de Sharif e, inconscientemente, la animaba a desafiarlo.

Sharif al Farid tenía sus propias motivaciones, tanto conscientes como inconscientes. Resultaba poco probable que le diera la espalda a un desafío tal. Al menos, uno que proviniera de Sophie.

En la historia de las tretas femeninas, jamás había habido un plan que tuviera más posibilidades de fracasar.

Capítulo 15

Sophie se sentó en la cama y escuchó. Aquella noche era de luna nueva y la oscuridad era casi total. Más allá de las ventanas, de las sombras de la galería, la luz

de las estrellas temblaba sobre las tranquilas aguas.

Algún insecto o pájaro nocturno entonaba su canto con monotonía. Aunque una suave brisa entraba por las ventanas, la noche era cálida. Una fina sábana era lo único con lo que Sophie se cubría. Con mucho cuidado, dado que Sharif le había advertido que tenía un sueño muy ligero y ella lo había creído, tomó el vaso de agua que tenía sobre la mesilla de noche y metió los dedos en él. Entonces, se masajeó con ellos la cabeza, alrededor de la línea del cabello, mojándose los dedos una y otra vez.

Se vertió agua en la palma de la mano y se empapó el pecho por encima de la camisola de seda que utilizaba para dormir. A continuación, hizo lo mismo con la nuca, la frente y las mejillas. Para completar el efecto, salpicó agua en el centro de la almohada.

Cuando quedó satisfecha, buscó a tientas la botella de agua y volvió a llenar el vaso. Entonces, dejó ambos donde habían estado antes y se volvió a tumbar. En aquel momento, el problema era cómo hacerlo para que la doncella no la oyera y Sharif sí.

Empezó a gemir suavemente y a darle patadas a la sábana.

***

Sharif estuvo despierto en su cama durante una hora, escuchando los suaves ruidos que provenían de la habitación de al lado, atormentado por la indecisión y la confusión. Había sido un necio al llevarla a su casa. Sólo en aquellos momentos, cuando se veía atrapado por unas redes que él mismo había tendido, comprendía lo equivocados que habían sido sus motivos.

Hacía mucho tiempo que ella le había demostrado lo poco merecedora que era de nada. Riéndose y burlándose de él cuando la reprendió. Cuando se marchó con el cuenco de jade, él lo había achacado a la experiencia. Había estado completamente convencido de que se había olvidado del incidente.

Sin embargo, eso había sido antes de que ella regresara. En aquel momento, había comprendido que jamás podría olvidarse de la pasión que sentía por ella ni de la irracional convicción de que debía ser suya.

¿Por qué la había llevado allí? Había comprendido por fin que no había sido simplemente para averiguar el paradero del tesoro familiar más significativo, aunque aquello hubiera sido lo que se aseguró. Ni siquiera la cercanía le permitía ver a través de la fachada de Sophie para ver su alma vacía y matar así el amor que sentía por ella

La había llevado a su casa por una única razón: porque, en su corazón, Sophie era suya.

Al fin, se quedó dormido soñando con ella. En el sueño, Sophie era todo lo que parecía ser en apariencia. Su belleza exterior era el reflejo de la belleza de su alma. Su corazón estaba henchido de pasión y cariño.

***

Se apartó del sueño por culpa de unos suaves gritos. Entonces, se despertó de repente. Los gritos eran reales, aunque casi no resultaban audibles, y provenían del dormitorio de Sophie. Se sentó en la oscuridad y miró el reloj.

Las dos de la mañana.

–No –suplicaba ella suavemente–. ¡Por favor, no! ¡Por favor! –susurraba entre gemidos.

Sharif se puso de pie y escuchó atentamente. Silencio.

–¿Sophie? –dijo, con voz ronca.

No hubo respuesta. Sólo otro grito ahogado.

Capítulo 16

Sabía que no podía haber entrado nadie, pero, a pesar de todo... Se dirigió a la puerta que comunicaba ambos dormitorios en perfecto silencio y en un tiempo récord.

Los ojos ya se le habían acostumbrado a la oscuridad. Unos segundos más tarde, tras evitar la mesa que estaba estratégicamente colocada junto a la puerta, estaba inclinándose encima de ella. Sophie volvió a gemir en sueños.

–Sophie –le dijo con firmeza. Entonces, le colocó la mano en el hombro. Se sentó sobre la cama al lado de ella y encendió la luz. Su rostro y el corto cabello rojizo estaban empapados de sudor. Había apartado la sábana y había dejado al descubierto una larga y musculosa pierna–. Sophie –añadió, aunque con un tono muy diferente.

Ella parpadeó y, de repente, los ojos se le abrieron de par en par y se vertieron en los de él. Mientras se miraban fijamente el uno al otro, más allá de todas las defensas que tan firmes resultaban durante el día, Sharif supo que, por primera vez, estaba contemplando la verdad de Sophie. Apretó la mandíbula y tragó saliva, decidido a saberlo todo.

Sophie tenía planes para dos contingencias. Si Sharif se tropezaba contra la mesa que tan estratégicamente había colocado, empezaría a gritar y despertaría a todo el mundo. Todos los criados aparecerían allí en un instante. ¡Qué humillante resultaría para él!

Si Sharif conseguía llegar a la cama, se aferraría a él y sollozaría en sueños, fingiendo que creía que era su marido y excitándolo así sexualmente. Entonces, se despertaría milagrosamente y lo apartaría de su lado con indignación.

Fuera como fuera, seguramente Sharif empezaría a sentir que ella le suponía más problemas de lo que valía su precioso cuenco de jade.

Sin embargo, cuando él se sentó a su lado en la oscuridad, alto y masculino y, por cierto, demasiado cerca de ella, Sophie perdió la sangre fría. Cuando la lámpara se encendió, se "despertó" instantáneamente. El modo en el que contuvo la respiración al verlo tan cerca no fue fingido.

Podría haber gritado entonces, pero, al sentir que la mirada de él la atravesaba, más profundamente de lo que lo había hecho nunca nadie, el impulso se le heló en la garganta. Lo miró y vio su futuro escrito en aquellos ojos.

–¿Qué ocurre? –gritó, sentándose en la cama y apartándose de él hasta que

tuvo la espalda contra la pared–. ¿Qué hora es? ¿Qué es lo que quieres?

–Tranquilízate –le ordenó él, suavemente–. Estabas teniendo una pesadilla.

–¿Una pesadilla? ¿De verdad? –le preguntó. El corazón le latía lo suficientemente fuerte como para provocarle sensación de asfixia. Un sudor real comenzó a humedecerle la frente. ¡Qué necia había sido al empezar aquello!

Los ojos de Sharif la observaban atentamente, abrasándole la piel, como si despertarse de manera tan brusca le hubiera arrebatado la disciplina que ejercía constantemente sobre sí mismo. La respiración de Sophie era muy entrecortada. Nadie la había mirando nunca con una pasión tan descarada.

De repente, Sophie se sintió como si tuviera demasiada sangre. Le pulsaba por el cuerpo y por la cabeza de un modo que le parecía que iba a hacérsela explotar. Tenía la boca seca hasta la desesperación, por lo que tuvo que lamerse los labios en un intento por suavizárselos. No parecía poder conseguir el aire que necesitaba y separó los labios para respirar.

Un tirante de la camisola se le cayó sobre el brazo. El aliento se le quebró como si hubiera sido una caricia, provocando que los senos le temblaran bajo la hermosa seda. De repente, se dio cuenta de que, con sus patadas, se había quedado al descubierto una pierna hasta la cadera. El delicado encaje de los minúsculos pantaloncillos de pijama que llevaba debajo palidecía contra el bronceado muslo. Le resultó imposible moverse. No podía ni tapárselo ni realizar cualquier otro movimiento.

La mirada de Sharif le abrasaba el cuerpo. Se le detuvo en la boca y descansó por fin en los ojos.

–Tal vez no haya sido una pesadilla –murmuró.

Capítulo 17

La mano de Sharif, que mostraba un aspecto mucho más oscuro y poderoso a la luz de la lámpara, le aprisionó el tobillo como si se tratara de un vibrante y cálido grillete. Oleadas de sensaciones le explotaron en la pierna ante tan posesivo contacto. No dejaba de observarla, como si estuviera bebiéndose cada uno de los sentimientos que estuviera reflejando su rostro.

–Sharif –susurró ella, medio protestando, medio invitándolo.

Él no sonrió La mano le soltó el tobillo para colocársele contra la planta del pie. Su calor empezó a abrasar todo el cuerpo de Sophie. Entonces, comenzó a masajearle suavemente los dedos de los pies.

Sophie se sintió completamente hipnotizada. Ningún hombre le había acariciado los pies de aquella manera y se sentía indefensa ante una necesidad que se había apoderado de ella demasiado rápidamente. Observó cómo las manos de Sharif le acariciaban con suavidad el empeine para volver al tobillo y empezar a subir por la pantorrilla y la rodilla.

–¿No... no te estás olvidando de algo? –susurró Sophie, por fin.

Sharif sonrió. Era la primera sonrisa sincera que había visto en él. Aquello la derritió por completo. El corazón le dijo que no era justo que lo hubiera conocido en

aquellas circunstancias. ¿Podría haber tenido la posibilidad de significar algo para él si lo hubiera conocido como ella misma?

–¿Qué es lo que se me esta olvidando?

–Yo creía... creía que no te acostabas con mujeres casadas.

Sharif le había colocado la mano en el muslo, provocando que ella ansiara lo que podría haber sido.

–Eres una tentación demasiado grande –murmuró–. Además, ya somos amantes, ¿no? Una noche más, Sophie. Eso es lo único que te pido. Entonces, podrás marcharte a casa con él y nos olvidaremos.

Ella sintió el aguijonazo de la pena, al comprender que Zoe había vuelto a ganar. No era el primer hombre que se había olvidado de sus principios por su hermana, pero sí era el único que, haciéndolo, había roto el corazón de Sophie.

–¿Nos olvidaremos? –murmuró ella–. ¿De verdad lo crees?

–¿Acaso lo dudas? Cuando nos encontramos en la playa, tú te habías olvidado de mí.

Sophie suspiró tristemente.

–Entonces, tan sólo quieres sacarme de dentro de ti.

La mano de Sharif estaba sobre el brazo de Sophie en aquellos momentos. Con la otra, la envolvió para estrecharla entre sus brazos. Ella no pudo enfrentarse al gozo que sintió con aquella caricia. La tumbó sobre sus piernas y la miró de nuevo.

Sophie vio en aquella mirada todo lo que buscaba en un hombre. Pasión, ternura, humor, nobleza, honor e integridad... y un profundo deseo hacia ella.

Sharif la abrazaba con fiereza, sabiendo que le había llegado mucho más profundamente que cualquier otro hombre. El corazón de Sophie ardió y luchó contra la contradicción de deseo y dolor.

–¿Sacarte de dentro de mí? –repitió, como si se tratara de una posibilidad ridícula. Sophie sintió que el corazón se le sobresaltaba, pero él sonrió. Entonces, ella comprendió que había malinterpretado su significado–. Sí, Sophie, saboreemos el amor una vez más.

Los labios de ella se separaron en un gesto de protesta y de invitación a la vez y, como si Sharif no pudiera esperar más, se inclinó sobre ella y le cubrió los labios con un apasionado beso. Sophie se vio envuelta por las llamas de la pasión, que parecían lamerle cada poro de su piel. Sharif no dejaba de murmurar palabras que la excitaban aún más.

–Tesoro, tesoro... tú eres mi corazón. Eres mi alma... –susurraba. Las manos eran fuego y le cubrían la cabeza, la espalda, los senos, le temblaban sobre el rostro–. Eres mía, Sophie. Dilo. Di que eres mía.

Sophie suspiró. ¡Cuántas veces se había preguntado si podría ocurrirle a ella! Allí tenía su respuesta.

Sin embargo, esta respuesta estaba teñida de duelo. Sharif había comprometido sus principios a causa de la pasión, pero, ¿significaba eso que ella podría hacerlo también?

Capítulo 18

Hacer la pregunta era responderla. Sharif sólo quería una noche. No decía en serio lo que le estaba susurrando.

Lo que Sophie sentía era lo suficientemente serio. Sólo conocía a Sharif hacía unos pocos días y una vez, hacía mucho tiempo, había creído que sólo meses o años serían un tiempo suficiente para comprender el amor y saber si era real.

Se había equivocado. El amor podía ocurrir en un instante. Se podía saber desde el primer momento. Aquella primera mañana, cuando lo vio galopar a su lado sobre un caballo negro... incluso entonces lo había sabido.

Sin embargo, amarlo no era suficiente. ¿Podría seguir adelante, hacerle el amor con todo su corazón sabiendo que lo único que Sharif quería era su cuerpo durante una noche de pasión sabiendo que, en realidad, él la despreciaba? Por muy dulce que las circunstancias parecieran, ¿podía traicionarse de aquella manera?

La boca de Sharif, acompañada de tiernas y deliciosas caricias, le murmuraba sobre la garganta, la mejilla y la oreja. Durante un largo y agridulce momento, Sophie estuvo a punto de entregarse, ansiando sus caricias y todo lo que él le prometía.

–Amada mía –musitaba él–. Ahsheqi...

El corazón de Sophie latía convulsivamente por lo que nunca podría ser. Entonces, suspiró y se apartó. Cuando él la soltó por fin, se incorporó.

–Sharif... Tengo algo que decirte.

Él la observaba expectante, sin sorpresa evidente, sino más bien con satisfacción. Sophie se preguntó si Sharif creía que estaba a punto de confesarle el paradero del cuenco.

En la profunda comprensión de la situación que había adquirido en los últimos instantes, decidió que Zoe debía pagar por sus propios pecados, si el pago era necesario. Sophie no podía salvar a su hermana de las consecuencias. No podía darle a Sharif simplemente un no. El precio era demasiado alto.

–Lo siento, pero no puedo hacer el amor contigo –empezó. Se preguntó si él creería que le estaba mintiendo de nuevo, que una vez más trataba de manipularlo–. Sé que tú crees que hemos hecho esto antes, pero no es cierto. Yo no estoy casada... No soy quien tú crees que soy. Y soy... soy virgen.

Sintió que la tensión comenzaba a atenazar a Sharif. Sintió cómo apretaba convulsivamente brazos y mandíbula y cómo la agarraba con más fuerza. Durante un instante de lo que pareció una profunda ira, Sharif la miró fijamente. Ella supo que si la pasión que él sentía se apoderaba de él en aquel momento, estaba perdida. No tendría la fuerza necesaria para decir no una segunda vez a lo que tanto ansiaba experimentar. Durante un momento de embriaguez y locura deseó ese destino, lo prefirió al futuro vacío que la esperaba.

–¿Virgen? –repitió él, con voz dura.

Sophie tragó saliva. No podía pronunciar otra palabra. Sólo era capaz de mirarlo medio hipnotizada. Sharif abrió los ojos y los entornó con un sentimiento que ella no supo interpretar. El corazón se le sobresaltó. Demasiado tarde, comprendió que Sharif era un hombre al que se había dejado en ridículo dos veces y lo conocía lo suficiente como para saber que él no aceptaría ese hecho fácilmente.

Capítulo 19

–¿Cómo es esto posible? –preguntó Sharif.

–No soy quien tú crees que soy –respondió Sophie–. El año pasado conociste a mi hermana.

–Hermana –repitió él, con una triste sonrisa. No había dejado de atravesarla con la mirada–. ¿Cuál de las dos es Sophie?

–Ella se llama Zoe. Somos gemelas. Yo me corté y me teñí el cabello porque...

Se interrumpió al decidir que no había necesidad de revelar todos los secretos de Zoe. Sharif tenía la cabeza muy cerca de la de ella y no dejaba de interrogarla con la mirada. Aún la agarraba con fuerza, posesivamente, pero Sophie sabía que no podía durar. Cuando comprendiera la verdad...

–¿Ella te envió aquí? ¿Por qué?

–Me dijo que para unas vacaciones, pero ya no estoy segura de que eso fuera en realidad lo que tenía en mente –admitió Sophie, respirando profundamente.–. ¿No lo adivinaste?

–¿Adivinar? Adiviné que las cosas no podían ser como yo había imaginado. Sabía que había algún misterio. Tú no eras la mujer que yo recordaba. Cuanto más estaba contigo, más evidente me parecía. O habías cambiado en mucho más que en tu cabello o... o me habías mentido antes –susurró. No dejaba de tocarle el brazo con hipnóticas caricias que le provocaban a Sophie temblores de necesidad en la sangre–. Entonces, esta noche vi la verdad. Supe que eras una mujer diferente.

Sharif apretó la mandíbula y, entonces, la soltó con un profundo lamento.

"Debería haber aprovechado la oportunidad cuando aún podía hacerlo", gritaba el corazón de Sophie, demasiado tarde. Había dejado pasar la oportunidad de saborear la pasión, de alcanzar el lugar de unión profunda de dos almas. Sabía que tenía razón en lo que siempre había creído: que ese sentimiento sólo ocurre una vez en la vida. "Aunque no fuera recíproco, debería haber aprovechado la oportunidad", se reprochó con amargura.

Sharif al Farid habría sido suyo por una noche si hubiera sido lo suficientemente valiente como para tomar el bocado de paraíso que el destino le había ofrecido. Había arrojado el vaso sin darle ni siquiera un sorbo.

Los ojos de Sharif aún la contemplaban llenos de acusación y culpabilidad. Justo cuando él abría la boca para hablar, Sophie se fijó en los números del despertador que tenía en la mesilla. No podía soportar tanta condena.

–A estas horas aún es de día en Vancouver. Quiero llamar a Zoe y preguntarle por el cuenco.

–Eso no cambiará nada –dijo él, con dureza.

Sin embargo, Sophie no pudo creerlo. Si al menos podía demostrarle que Zoe no le había robado el cuenco de jade, eso debería cambiar algo.

***

Zoe rió y carraspeó.

–¿Qué dices? ¿Ese viejo cuenco verde de Sharif? ¡Dios mío! ¿Me estás diciendo que, durante todo este tiempo, él se ha estado imaginando que se lo robé?

Algo en su voz la traicionó.

–Entonces, ¿dónde está? –le preguntó Sophie con firmeza. Zoe soltó una carcajada tal y como hacía siempre que la pillaban en un renuncio.

–Está en la cocina. En la estantería superior, creo –dijo, por fin–. Detrás de otros cuencos mayores. Su ama de llaves no debe de ser muy buena si no lo ha encontrado en más de un año.

–¿Por eso me enviaste aquí?

–Confieso que estaba algo preocupada por ese cuenco. En realidad, no comprendí lo mucho que valía hasta que regresé a casa y lo consulté. Vale una verdadera fortuna y, entonces, empecé a pensar que la cocina no era después de todo el mejor lugar para ese cuenco. Sin embargo, no podía correr el riesgo de regresar personalmente por la situación en la que se encuentra Hamilton. Alguien podría haberse enterado si nos hubieran visto juntos.

–Zoe... –se quejo Sophie, sin poder evitarlo.

–No me digas que lo sientes. No se me ha escapado que estás teniendo esta conversación con el jeque cuando allí es de madrugada. Dime, ¿superó él sus ridículos escrúpulos contigo? ¿Te ha hecho el amor pensando que eras yo? ¡Espero que eso le haya enseñado una lección!

–¿Qué lección? ¿Por qué lo hiciste?

–Se mostró tan digno... –replicó su hermana–. ¿Cómo iba yo a saber que no debía mencionarle a mi esposo? Tu maravilloso jeque prácticamente me echó a patadas de la cama. Jamás me he sentido tan insultada en toda mi vida. Bueno, ¿cómo es? ¿Me he perdido lo que jamás debí perderme?

Capítulo 20

–¿Y dices que la echaste a patadas de la cama? –le preguntó Sophie, asombrada.

Estaba segura de que ningún hombre había hecho eso antes.

–Tu hermana exagera –respondió Sharif, con una sonrisa–. Según recuerdo el momento, estaba sentada en el sofá y se quitó de una patada los zapatos comentando por casualidad que su esposo se los había comprado y que no le sentaban bien.

–¡Oh!

Estaban tumbados juntos en la cama de Sophie. La luz los envolvía suavemente. Ella jamás se había sentido tan segura.

–Ella no parecía tener ni idea de que el hecho de que estuviera casada me podría importar. Se enfadó mucho de que así fuera, y por eso cuando te vi en la playa empecé a sospechar que habías regresado para venderme el cuenco a cambio de mis principios.

Sophie sonrió. Aquello probablemente no distaba mucho de lo que Zoe había pensado hacer, pero que, por supuesto, no se había atrevido a llevar a cabo con la carrera de Hamilton en juego.

–¿Habría tenido éxito? –le preguntó Sophie.

–No me sentí muy contento al descubrir lo tentado que me sentía –admitió Sharif.

–Y, sin embargo, me trajiste aquí.

–Tal vez porque soy un necio. Sin embargo, prefiero pensar que, inconscientemente, sabía la verdad. La primera vez que te besé, el corazón no hacía más que decirme que eras inocente –susurró. No dejaba de acariciarle suavemente la mejilla, el brazo, con un autocontrol que hacía temblar a Sophie.

La boca de Sharif estaba tensa con el deseo contenido. Sus ojos eran más negros que nunca. La llama del deseo que él estaba sintiendo tocó a Sophie y le prendió el corazón, el cuerpo y el alma. Ella tembló al sentirse al borde de un abismo de gozo que se abría bajo sus pies.

–Sin embargo, yo sabía que la verdad era lo opuesto. Estaba decidido a mantenerme en guardia, por lo que descarté por completo la intuición que me decía que tú eras la mujer que llevaba esperando toda la vida. Que me pertenecías.

Una trémula sonrisa curvó las comisuras de los labios de Sophie.

–Te mostrabas tan enojado y tan sospechoso que pensé que nada podría salir nunca de mis sentimientos. No parecía haber motivo alguno para decirte la verdad, pero esta noche...

Los brazos de Sharif la rodearon con fuerza en un abrazo de posesión que ella jamás podría romper.

–Esta noche, te miré a los ojos y supe la verdad sobre ti –murmuró él mientras los dedos jugueteaban con un brillante rizo–. En realidad, había sido así desde el principio.

–Jamás mostraste señal alguna de eso. Me dijiste que sólo sería una noche...

–Te lo dije para obligarte a confesar la verdad. Sabía que no harías el amor conmigo como parte de una mentira.

Sophie sonrió y se acurrucó contra él.

–Como parte de una mentira, no –susurró, con la satisfacción de ver cómo él reaccionaba.

Sharif se inclinó sobre ella y la besó, provocándole una deliciosa oleada de sensaciones por todo el cuerpo. Sin embargo, levantó la cabeza demasiado pronto.

–Soph ie, no quiero presionarte –dijo–. Sé que necesitas tiempo. Mi amor por ti es verdadero, pero es natural que tú quieras estar completamente segura. ¿Quieres confiar en mí hasta que estés segura de mis sentimientos y de los tuyos?

–Confío en ti, Sharif –susurró ella–. Con todo mi corazón. Con todo lo que soy o espero ser –añadió. Entonces, sonrió y le colocó la mano en la nuca para hacer que él bajara la cabeza y volviera a besarla–. Y estoy segura...

***

–¿El cuenco verde? –murmuró Abdullah, el cocinero, a la mañana siguiente–. ¡Ah, sí! Es tan bonito... ¡Jamás he visto nada tan delicado! Era una pena dejarlo donde estaba, recogiendo polvo. Se le metía en los pétalos.

–¿Qué has hecho con él? –le preguntó el jeque.

–¿Y qué voy a hacer? ¡Pues bajarlo para utilizarlo, por supuesto! Es demasiado pequeño para mezclar ingredientes en él, por lo que lo he colocado aquí para admirarlo. Es lo suficientemente grande para contener un par de cabezas de ajo.

–Ya lo veo –dijo Sharif.

–¡Es lo más bonito que he visto nunca! Mire la rosa que tiene tallada, señor. ¡Casi se puede oler! A menudo, lo admiro mientras cocino. ¿Sabe usted quién lo ha tallado? Si se va a llevar éste, me gustaría pagar a ese hombre para que me haga otro.

***

–¿Vas a dejar que se lo quede en la cocina? –preguntó Sophie, muy divertida.

–Guarda el ajo en él –explicó Sharif.

–Pero...

–Es mi destino haber recibido recientemente lecciones muy importantes provenientes de maestros inesperados.

–¿Y qué lección te ha enseñado Abdullah?

–Que un ojo verdadero siempre verá el valor, sea lo que sea lo que lo esconda. Cuando voy a la cocina y veo allí el cuenco de jade, me recuerda que no debo pasar por alto la joya que estoy buscando cuando la tengo justo delante.

Los ojos de Sharif le explicaron a qué joya se refería. Sophie se echó a reír con ternura y, cuando la boca del jeque cubrió la suya, sus carcajadas cobraron vida en la sangre de él.

Alexandra Sellers - Sophie y el jeque (Harlequín by Mariquiña)